
BOLIVAR

Bolívar escribía a Orbegoso, después de la victoria de Ayacucho: "Empieza la paz de América". Inmortal como el tiempo sería la gloria de Sucre, su más querido amigo, el Patrocolo de su magnífica Iliada. Tal pensaba el infatigable Libertador, seguro de sí, de su genio, de su poder de demiar en el tumulto de fuerzas que había desatado.

Ciertamente, comenzaban años de sociego. Una edad difícil de afirmación y organización sucedía a una prolongada epopeya. En los campos de Ayacucho terminaba una prodigiosa guerra civil. Españoles en ambos lados, realistas que se trasmutan en patriotas, patriotas que pierden la fe en la libertad, criollos que se altisan frente a los peninsulares, indios sumisos que ignoran el sentido profundo de la gesta en que intervienen.

¿Que sería de este mundo de naciones libres creado dolorosamente por Bolívar, imitación en el continente americano del sistema europeo, prolongación de un viejo régimen fatigado, o transcendental novedad, ensayo audaz, constitución de repúblicas en plena utopía? Alberdi ha estudiado en un libro minucioso el destino posible de veinte pueblos si hubieran presidido a su constitución príncipes extranjeros, si la monarquía constitucional con parlamentos de estilo sajón se hubiera extendido, como definitivo en América vecina del caos. Se hubiera conquistado así, seguramente, inmediata estabilidad, participaban los estados mozos en un orden de relaciones políticas, ordenado y lejano. Aristocracia,

faustos de cortes criollas, oro de Europa para fecundar tierras pródigas, ¿qué hubiera faltado a países en formación?

La originalidad, la independencia completa. Aunque desconfiaban de la república extrema los libertadores, aunque ensayaban acuerdos con ministros del Viejo Mundo, se imponía un "novus ordo". Entregados estos flamantes países a soberanos de sangre y mentalidad extranjeras, se trasmutaban las nacionalidades en una suerte de feudos personales, que hubieran sido considerados como dón peligroso. No hubiera podido avvicinarse la América al gobierno de tipo sajón, en el cual tan diversas influencias se combinan en admirable equilibrio. Con nobleza debilitada, sin clases poderosamente definidas, hubieran faltado al monarca la crítica, el sostén, la permanencia. Maximiliano, cuarenta años más tarde, simbolizó la tragedia de esta condición. Fuera del régimen inglés, quedaban en el antiguo Continente, monarquías feudales al absolutismo de la Santa Alianza, es decir, la fusión de intereses reaccionarios armados, destinados a combatir la obra de Napoleón, y las consecuencias políticas de la Revolución Francesa.

A ellas vinculado el continente joven perdía su razón de vivir una nueva existencia aventurera. Sin otra experiencia de libertad que la restringida de los municipios, avanzaba resueltamente en busca de peligrosos avatares. ¿Acaso, como lo declaraba Chateaubriand, en 1824, en el Congreso de Verona, no obedecía al destruir su servidumbre, a una legítima ambición de libertad, como en el Norte sajón, sino a la reacción que sustentaba en ultramar la invasión de España por Napoleón? Un singular instinto una fuerza interior lo empujaban a crear una extraordinaria realidad política a la luz de nuevas estrellas.

Guerra civil, sin duda, entre viejos y nuevos españoles, pero duelo de vastas proyecciones. Bolívar escribía al general Canterac, jefe del Ejército español vencido en Ayacucho, al mismo tiempo que lo felicitaba por su prodigiosa resistencia militar: "Ustedes solos han retardado la emancipación del

Nuevo Mundo, dictada por la Naturaleza y por los destinos". Emancipación, he ahí el norte de la ambición de los grandes caudillos, abandono de un estado de perpetua memoria, franca ruptura con el pasado, libertad sin restricciones espirituales y materiales, el frágil y generoso esfuerzo de los estadistas suramericanos. Difiere de uno a otro continente ("is essentially different in this respect") el sistema político. El derecho divino, el absolutismo de los monarcas de la Santa Alianza, se opone al principio representativo, a la soberanía del pueblo, a la libertad de los ciudadanos. Antes que Monroe, en 1821, Mr. Henry Clay, el gran tribuno, en su discurso de Lexington, se refiere a "las leyes del sistema" del mundo español y el contrapeso de las dos Américas congregadas en nombre de idéntica ambición, van a oponer a Europa extraviada en los caminos del despotismo, "a counterpoise to the Holy Alliance". Queda así determinado en reto a Europa, el destino particular de naciones inquietas en la violencia del génesis. Triunfa el espíritu de Ayacucho, la emancipación integral.

Pero no bastaba para el desarrollo futuro de infantes naciones una gran victoria militar. Sin fuerzas propias, sin eminente capacidad para el gobierno de sí mismos, sin riquezas, el Nuevo Mundo sería colonia espiritual de viejos estados soberanos. He aquí la tragedia de cien años de independencia política. La libertad no es un dón sino una conquista—decía Goethe. En un siglo de inquietud, de interior tumulto, de constantes batallas, ha conocido América dos extremos ilusivos: el orden muerto del despotismo y la libertad frenética de la anarquía. ¿Dónde buscar la vida media, la modesta y segura estabilidad? Anarquía espontánea, como llamó Taine a la de los años trágicos de la Revolución Francesa, guerras civiles periódicas, dominación de caudillos que vencen transitoriamente al caos o prolongan, con estrecha ambición la incertidumbre; despilfarro de riquezas, horror al método, al trabajo ordenado, al desarrollo regular, confianzas en dogmas generosos y en fórmulas ambiciosas. Mientras imitábamos cantos de pueblos remotos adoptá-

bamos sistemas exóticos, pensábamos y sentíamos "a la manera" de naciones tutelares, éramos ciudadanos de un esplendoroso país de Utopía.

Los sociólogos nos seguían de lejos desdeñosamente; óteaban en el nuevo continente conflictos de razas, un complicado meztizaje, y nos condenaban a inminente degradación en nombre de severos principios infalibles. La confusión de gentes, el "chaos gentium", estaba en esa vasta América imprecisa. Sólo nuevas conquistas, la repentina invasión a pesar de los Estados Unidos vigilantes de inmigrantes armados de Europa, llegarían a transformar bárbaras democracias en naciones organizadas y cultas. Empero ¿quién dominaba en nuestra América el destino colonial de Australia, el desarrollo del Canadá, la paz de Egipto? Faltaba a esos pueblos sometidos a magnífica tutela la audacia del espíritu.

Subsisten en 1924, al abrirse una segunda centuria, graves problemas para el mundo que surgió débil y orgulloso de los campos de Ayacucho. Pero el continente se organiza sólidamente después de haber sufrido, después de haber ensayado rutas peligrosas. Se han mezclado las razas desde hace 50 años. Ni en Asia ni en Europa, se ha realizado esta gran experiencia humana. La antropología y la ciencia eugénica, se inquietan. Sin embargo, he allí pueblos en seguro desarrollo político, fecundados, resueltos, altivos, ambiciosos. Manifiestan en todos los dominios su flamante grandeza, a despecho de la melancolía de insignes profetas. Viven, cantan, luchan y prosperan. Mientras que el Norte sajón conserva celosamente el privilegio de la sangre europea, en el Sur, castas y castas se funden dentro de un ardiente crisol.

Empero, tales elementos de división no pueden hacernos olvidar que el continente afirma sus derechos y esperanzas. Ignoraba o desdeñaba Europa a esas naciones infantiles en 1899 cuando se congregó en La Haya para fundar la paz. Desde entonces, veinte pueblos sobre los cuales pesaba exce-

siva desconfianza, se constituyen lenta, sólidamente. Colombia, el Uruguay y hacen ventaja a otras democracias donde persiste el descosierito tropical. Las dos Américas se vinculan estrechamente. Estados Unidos sajones, Estado ibéricos todavía separados. De quimera, de manifestación de una tiránica superioridad, separados, se trasmuta el panamericanismo en realidad provechosa. Si la república norteamericana supera a los países del Sur en industrias, en riqueza acumulada, en investigaciones, diríase que el espíritu anima al continente meridional y que en él han sido resueltos en el último siglo, problemas que inquietan a la formidable nación neosajona: los antiguos esclavos negros, la invasión del Asia en el Pacífico.

La ambición de nuestra América en los orígenes de su independencia, se justifica hoy si contemplamos la realidad europea.

Viejo mundo se americaniza, es decir, acucia soluciones de paz, pierde su atávica fe en la guerra, se inclina ante la justicia absoluta: En Ginebra, donde los pueblos enfermos se dan cita, donde perece el odio infatigable, se adoptan principios radicales que hace cien años inscribió el nuevo continente en cartas audaces.

Bolívar preside desde más serenas regiones a esta asamblea de pueblos. ¿Por qué se le ha olvidado en la metrópoli calvinista? En Panamá debían reunirse en 1826 plenipotenciarios de las repúblicas americanas para fundar un orden estable. La América unida sería la "reina de naciones madre de las repúblicas." Un curpo anfictiónico resolvería cuestiones y conflictos. Una institución "tan Santa" evitaría las guerras que han desolado a "naciones menos afortunadas". El Libertador calificaba así a los pueblos de Europa entregados a permanente y trágica oposición en la edad napoleónica. ¿Qué sería, él decía movido por profético entusiasmo—el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá, el centro de la inestable unión helénica, y ésta capital de todos los Estados de la tierra

en un continente sin fatal herencia, sin castas opresoras animados de una generosa esperanza.

Desde entonces, desde 1826, en congresos, en conferencias, en tratados, el nuevo continente afirma su fe en el arbitraje; primero limitado y voluntario, después obligatorio e integral. ¿A dónde no llevaron a los capitanes del Norte y del Sur, a La Haya, a París, a Ginebra, a esa generosa doctrina las repúblicas que se organizaban opresoramente venciendo males? Resueltamente se adelantaron a los pueblos de Europa. No es indiferente a los destinos de la humanidad occidental que hoy, al desplazarse el eje del mundo económico y moral hacia Nueva York, México, Río Janeiro y el Plata, las naciones llamadas a futura dominación, obedezcan a una política de conciliación y de paz.

De siglo en siglo, bolivarismo y wilsonismo se maridan movidos de una misma sinfonía. El wilsonismo se presenta como una manifestación del bolivarismo; como su admirable expansión espiritual. Orgullo de su doctrina y de su experiencia, América aspira a conquistar otros continentes con sugerencias, ejemplos y razones; y ofreció a los estados que la guerra diezmó, a Europa que se resigna a decaer y a morir, como lo anuncian sus profetas, no sólo el equilibrio que pedía Banning, sino un orden durable de pueblos fundados en altas consideraciones de justicia.

Francisco García Calderón.
